

por los temas sociales y la denuncia de las injusticias, encarnadas en los judíos de *Ojos de jineta*, en los aldeanos acusados de brujería de *El sueño abre una puerta* (segundo libro, y por desgracia último, de la serie que el autor pretendía dedicar a Banga), en los habitantes de los suburbios de *¡Que comience la fiesta!* y en Rascacarrasca, la gallina de *Mi querida gallina*.

Quisiera también comentar un aspecto de *Ojos de jineta* que tal vez parezca secundario, pero que desde luego influyó en mi apreciación del libro. Me refiero a las ilustraciones de Jordi Bul-

vena, que —en consonancia con el tono del libro— mezclan realismo con fantasía, en un estilo tenebrista con influencias ocasionales de Rackham que potencia el atractivo mágico de la historia.

Por último, quisiera hacer una pequeña crítica al libro. Al releerlo ya de adulta, me ha sorprendido descubrir que el único personaje femenino de relevancia es la bruja Andraixa. Por lo demás, el libro está completamente dominado por personajes masculinos: protagonistas y secundarios, buenos y malos, todos son hombres. A decir verdad, no sé si este comentario resulta ser una crítica hacia

el propio libro o hacia mi forma actual de leer, ya que, cuando lo hice de niña, este aspecto ni me importó ni me afectó en absoluto. Ahí queda, sin embargo, para que cada cual opine lo que quiera.

En fin, tras despedazar las razones de mi predilección por *Ojos de jineta*, sólo me queda lamentar la temprana desaparición de su autor, que murió con sólo 25 años. A pesar de ello, nos dejó cinco novelas infantiles muy dignas, cinco libros originales, gamberros y entrañables, que me encantaría ver reeditados. Pero ya. ■

\*Xohana Bastida es bibliotecaria y traductora.

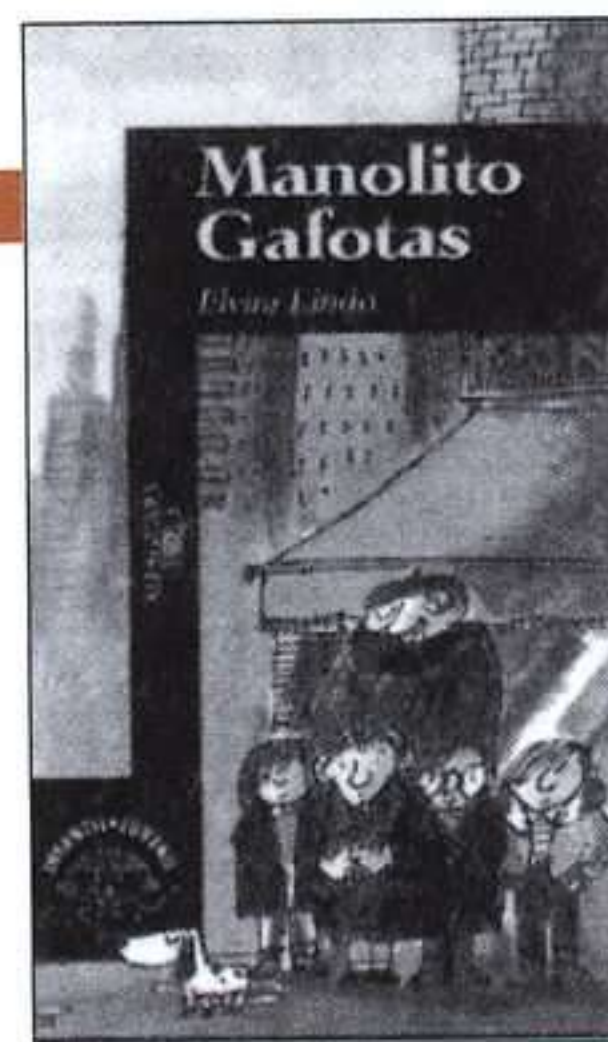
## El héroe de Carabanchel Alto

por Blanca Calvo\*

### Manolito Gafotas

Elvira Lindo.  
Ilustraciones de Emilio Urberuaga.  
Colección Infantil.  
Editorial Alfaguara.  
Madrid, 1994.

A este primer título le han seguido: *Pobre Manolito*, *¡Cómo molo!*, *Los trapos sucios*, *Manolito on the road*, y *Yo y el Imbécil*. Todos ellos reunidos en el volumen especial, *Todo Manolito* (Alfaguara, 2000).



los niños les gusta el protagonista y sus ocurrencias, y el «fenómeno Manolito» no sólo afecta a los pequeños, ya que son muchos los adultos que también lo conocen, lo admiran y lo siguen libro a libro. ¿Qué tiene este antihéroe de la literatura infantil para causar esos efectos en sus lectores? Eso es lo que vamos a tratar de averiguar en las siguientes líneas.

### Orígenes que marcan

Manolito nace en la radio, y no precisamente en la emisora que lo ha hecho superpopular y lo acoge todavía cada fin de semana, sino en la radio pública, en Radio Nacional de España, en un programa nocturno de las madrugadas de los sábados. Ésta es la primera acusa-

Manolito Gafotas es, casi seguro, el personaje literario más conocido por los niños españoles en la actualidad. Los libros en los que Elvira Lindo cuenta su vida se venden en las librerías sin

tener que hacer mucha propaganda, y en las bibliotecas es difícil encontrar alguno porque, aunque se disponga de varios ejemplares de cada título, suelen estar todos prestados. Por lo general, a todos



ción que le hacen sus detractores, que también los tiene, y es una acusación doble: por un lado, no haber sido concebido como personaje literario, sino como producto de consumo radiofónico; y por otro, no haber sido pensado para niños, sino más bien para los adultos que oyen los programas de la madrugada.

A mí, admiradora de Manolito desde que lo encontré en el dial, me gusta rebatir estos argumentos. Es cierto que la idea de llevar a las páginas de un libro las pequeñas historias de Manuel García Moreno le viene a Elvira Lindo en un segundo momento, seguramente animada por el éxito que había ido cosechando en la radio, pero eso no le quita ningún mérito. Por el contrario: una de las grandes virtudes de Manolito Gafotas es la de haber acuñado una serie de expresiones, una forma de hablar de la que se han apropiado cientos de niños posteriormente y que se debe en gran medida a su origen radiofónico, al carácter oral que tuvo en un principio y del que no se ha desprendido en los libros. Es difícil saber si Elvira Lindo tiene un oído especialmente despierto para captar expresiones coloquiales y llevarlas al papel justo en el momento en el que están naciendo o si es ella la que las inventa, pero lo cierto es que dichos como «los niños de la infancia», «el mundo mundial», «se me va la olla a Camboya», «se siente», «cómo mola» y tantos otros hacen pensar inmediatamente en Manolito. Este fenómeno de retroalimentación del lenguaje popular no es fácil encontrarlo, se da en muy pocos escritores, y Elvira Lindo es una de ellos.

En cuanto a si es un personaje para los niños o para los adultos, me parece una discusión artificial. Sea cual sea el destinatario que haya tenido en mente la autora al escribir los guiones radiofónicos o los libros, el hecho es que los niños se han apropiado del personaje. Hace años, Fernando Savater reflexionaba, en *La infancia recuperada*, sobre la extraña identificación que sentíamos algunos niños españoles de la posguerra con Guillermo Brown, a pesar de tener una vida tan diferente de la suya. La facilidad para identificarse con ellos, dejando al margen las circunstancias exteriores, es una de las características que señala a los personajes carismáticos, y Manolito la tiene. Conozco un pequeño pueblo castellano, Cifuentes, nada pareci-



EMILIO URBERUAGA, ¿CÓMO MOLOI, ALFAGUARA, 1996.

do a Carabanchel, cuyos escolares lo sienten como un amigo más, le escriben y le tratan como si de verdad existiera.

Y ya que se ha colado en estas líneas Guillermo Brown, es el momento de tocar otro de los temas controvertidos que arrastra Manolito: el de sus predecesores o, lo que es lo mismo, el de su originalidad.

Cuando se le pregunta a Elvira Lindo cuáles son sus libros infantiles preferidos, siempre contesta que le encantan las obras de Roald Dahl y el Pequeño Nicolás de Goscinny. De ello se deduce que, si para crear a Manolito se ha inspirado en este último como muchos le achacan, no trata de esconderlo.

Los héroes de la literatura infantil cuyas aventuras se desenvuelven en el ámbito de la vida cotidiana tienen co-

sas en común, como no puede ser por menos, pero eso no quiere decir que todos sean iguales, o que sus creadores copien a los anteriores. El pequeño Nicolás recuerda a veces a Guillermo; Antoñita la Fantástica y Celia tienen cierto parentesco; Manolito comparte muchas cosas con todos —y con Mafalda, y con Periquín, que también nació en la radio—, pero tiene su propia personalidad. Es cierto que coincide con los otros personajes en varios puntos: una familia llena de tics, unos amigos muy característicos, una visión del mundo muy personal, enfocada desde la óptica de un niño... pero, con todos estos ingredientes, Elvira Lindo ha conseguido modelar un personaje nuevo, sólido y creíble, y esto no es nada fácil en literatura.





EMILIO URBERUAGA, TODO MANOLITO, ALFAGUARA, 2000.

## Ternura, humor y conciencia social

Si tuviera que destacar los tres ingredientes más característicos de las historias de Manolito Gafotas, los que le dan esa personalidad de la que acabamos de hablar, escogería la ternura, el humor y la conciencia social.

Una de las cosas que más molestan a algunos admiradores del personaje es que llame a su hermano «El Imbécil», pero a mí me parece un signo de debilidad. Manolito es el típico príncipe feo, gordito, miope y metepatas, destronado por un benjamín ingenioso, hábil, listo, encantador y guapísimo, así que no es de extrañar que se vengue de él haciendo todo lo posible por olvidarse de su nombre y llamándole como lo llama. Sin embargo, no puede disimular el cariño, incluso la admiración, que siente hacia él, porque el héroe de Carabanchel Alto es todo ternura. Cínico a veces, desmitificador siempre, pero tierno: la relación con su abuelo no deja lugar a dudas.

Un patoso tierno como Woody Allen o

como Martín Romaña, así es Manolito. Y, como cualquiera de los dos, tiene muchísima gracia. Es un gusto encontrar en cada uno de sus libros pasajes que provocan la carcajada más abierta y espontánea. En el primer volumen, el que se ha incluido en la lista de cien obras infantiles del siglo XX, reí con ganas en el episodio de los rotuladores, cuando el abuelo trata de ocultar la gamberrada de su nieto y un vecino le pilla con las manos en la masa. Es peligroso leer los «manolitos» cuando se viaja en transporte público, porque la risa franca que brota de vez en cuando puede hacer creer a los vecinos de asiento que hemos perdido el juicio. El humor de Elvira Lindo tiene muchos registros: sutil, de brocha gorda, escatológico... y siempre inteligente.

Lo de la conciencia social suena grandilocuente, pero es muy sencillo. No es que la autora haya hecho una obra con mucha carga ideológica; en lo único que se nota es en el escenario que ha escogido para colocar a su personaje: Carabanchel Alto, un barrio obrero en el que,

según el protagonista, «... hay de todo. Hay una cárcel, autobuses, niños, presos, madres, drogadictos y panaderías...». Un barrio real como la vida misma, como los de las películas de Ken Loach, presentado con la misma sinceridad y el mismo sentido del humor que se ve en las mejores películas del nuevo cine inglés. No creo que Elvira Lindo persiga ningún fin didáctico —¡hay actualmente tantas dudas sobre las posibilidades revolucionarias de la literatura!—, pero me parece un gran acierto que haya situado a nuestro héroe en un mundo real, con drogadictos, panaderías, bares como El Tropezón y parques como el del árbol del ahorcado, lejos de ese ambiente ideal y algodónoso en el que viven algunos otros protagonistas de la literatura infantil de carácter costumbrista. Ésta es una de las principales novedades que introduce la obra.

No se puede terminar la reseña de este libro sin hacer mención a las ilustraciones, obra de Emilio Urberuaga. No sé si el encuentro Lindo-Urberuaga habrá sido fruto de la casualidad u obra de un editor avisado, pero el resultado es perfecto. Por muchas películas que se hagan sobre el personaje —ya está en marcha la segunda—, la imagen gráfica de Manolito siempre será la que dan los libros. No puede haber otro abuelo, ni otra Luisa, ni otro Imbécil que los creados por el ilustrador. Un trabajo, el suyo, a la altura de Sempé o Quentin Blake. Lo único que faltaba para aplaudir con entusiasmo una obra que hace disfrutar a niños y adultos y que, por esa causa, es perfecta para leer en voz alta, antes de dormir, con los niños más cercanos. Ellos reirán con unas cosas y el adulto lo hará con otras, pero todos lo pasarán fenómeno porque, utilizando su propio lenguaje, Manolito Gafotas «mola un pegote». ■

\* Blanca Calvo es directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara.

Esta sección recoge los comentarios críticos sobre los libros seleccionados como los mejores del siglo XX en el VI Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura que la Fundación Germán Sánchez Ruipérez organizó en junio del 2000. (Véase CLIJ 130, p. 56.)